



JUEVES EN JERUSALÉN

Antonio Vázquez

Platero
COOLBOOKS 

Título: Jueves en Jerusalén

Primera edición: febrero, 2025

© 2025, del texto e imagen de cubierta Antonio Vázquez.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Imagen de cubierta: Francisco Javier Pérez Carmona.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 978-84-10062-92-4

*¡No insistas en que te abandone o en que me separe de ti!
Porque iré adonde tú vayas, y viviré donde tú vivas. Tu pueblo
será mi pueblo y tu Dios será mi Dios. Moriré donde tú mueras y
allí seré sepultada. ¡Que me castigue el Señor con toda severidad si
me separa de ti algo que no sea la muerte!*

—Rut 1:16-17

*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia,
porque ellos serán saciados.*

—Mateo 5:6

*Pero, cuando hayas tomado una decisión,
confía en Alá.*

—El Corán 3:159



Fatuma



1

Enero de 2014

Ayer celebraron el quinto aniversario de la muerte de mi hermano. Mi familia hace tiempo que dejó de hacerlo. Solo estuvimos presente el día de su entierro, aunque a mí no me dejaron acercarme. Había tanta gente que mis padres temían que, a mis doce años, no pudiera soportar aquella enorme avalancha de personas que gritaban, disparaban hacia el cielo, coreaban suras del Corán y prometían venganza, a pesar de que mi hermano no había muerto asesinado.

Me quedé siendo la mayor de cuatro hermanas. Musa tenía 17 cuando murió, la edad que yo tengo ahora. Nadie debería morir a esa edad, y mucho menos de la forma en que murió él.

Llegaron a primera hora de la mañana. Mi padre había sacado la foto de mi hermano a la puerta, que mucha gente besaba como si fuera la reliquia de un santo. Mi madre no salió. Desde que murió Musa ya no fue la misma, y poco a poco tuve que ser yo la que sacara adelante a una familia que a veces parecía más muerta que viva.

Hubo discursos con la misma intensidad desganada y el mismo ímpetu falso de siempre y se puso a mi hermano como ejemplo a seguir. Yo hubiera querido gritarles que se fueran, que nos dejaran en paz, que nos dejaran sepultar de una vez por todas la memoria de Musa.

Aquella guerra infinita renacía durante las breves horas que recordaban la muerte de un chico inmaduro y manipulable. Le quitaron su corta vida y ahora querían hacer suya su muerte. Decían que les pertenecía más que a nosotros, porque era la muerte de un mártir del pueblo.

Siempre era lo mismo, el mismo dolor a gritos a las puertas de nuestra casa. Pero entonces Dios se apiadó de nosotros y quiso que lloviera. No tardaron en irse, y nos dejaron solos de nuevo con nuestra pena y nuestra miseria. Se enorgullecían de Musa, pero nosotros no existíamos para ellos por la sencilla razón de que seguíamos con vida.

Mi padre está a punto de jubilarse. Prematuramente envejecido, su aspecto es el de un anciano decrepito que hace mucho que debió bajar el cierre de nuestra frutería por última vez y, sin embargo, se pasa las horas muertas sentado a la puerta pasando las cuentas de su *misbaha*. No se le puede meter en la cabeza que yo pueda encargarme del negocio. Al fin y al cabo, le he ayudado muchas veces en la tienda.

Mi padre no puede esperar a que un varón de su sangre crezca lo suficiente para ocupar su lugar. El único que tenía era Musa; con respecto a mí, supongo que lo único que puede hacer es casarme lo antes posible. Muchas con mi edad ya han tenido su primer hijo, e incluso dos. A mí simplemente me gustaría seguir estudiando, pero ser mujer pobre, y entre estas cuatro paredes opresoras, no da para mucho más.

Cuando murió mi hermano, todo nuestro mundo se vino abajo. La verdad es que habíamos vivido completamente engañados. No habíamos visto nada antes, quiero decir que apenas nos dimos cuenta del cambio que había experimentado a lo largo de los últimos meses.

Conmigo no se molestaba en hablar. «¿Cómo voy a hablar con una niña?», decía. «No sirves ni para escuchar». Yo le gritaba que eso no era verdad, que hablase, que vería

cómo ponía mis cinco sentidos en cada una de las palabras que dijera. Pero él tampoco decía nada. Se me quedaba mirando con un cierto desapego al principio. Luego, una sombra de duda y desesperación cruzaba la inmensidad de sus ojos negros, me acariciaba la cabeza y se iba a la calle, como buscando un sitio mejor donde cobijarse u ocultarse de algo malo, algo que solo quería llevar él sobre sus hombros.

Yo pensaba que serían cosas de chicas. Ya era edad de que tuviera novia, aunque nunca supimos de ninguna.

El día que murió yo me encontraba cuidando de las pequeñas, ya que mi madre estaba enferma. Una gran explosión alborotó la ciudad, pero yo pensaba que había sido uno de tantos atentados, hasta que mi padre cerró la frutería y entró en casa. Se encerró en la habitación con mi madre. Les oí gritar, llorar, pero no me atreví a preguntarles.

Justo iba a salir para la escuela cuando llegó la policía. Rodearon la casa. Eran tantos que creí en ese momento que los únicos habitantes del mundo eran aquellos policías que entraban en nuestras habitaciones sin pedir permiso, revolcándose todo, registrando hasta los rincones más ocultos. Yo trataba de apaciguar a las niñas mientras sobre nuestras cabezas se oía el motor de un helicóptero.

También habían entrado en la frutería, junto a nuestra casa. La fruta estaba tirada por el suelo, aplastada, inservible, destrozada como una cabeza tras un atropello.

Ese día lo cambió todo para nosotros, todo se volvió negro y sin sentido, menos para nuestros vecinos, que lo veían como un acto heroico y luminoso.

Seis meses más tarde, mi madre salió de la habitación. Se había acostado hecha toda una mujer y se levantaba convertida en una anciana sin brillo en la mirada, con el pelo canoso y sin interés por las hijas que le quedaban con vida.

Y fue en ese momento cuando yo me di cuenta de que, a mis doce años, ya me había convertido en una mujer.

Hoy me he levantado temprano, he arreglado la casa, he dejado a mi hermana de quince años al cuidado de las demás y he ido a ver a Saná, que acaba de tener a su primer hijo.

Saná es amiga de la infancia. Se casó hace dos años con un hombre que enviudó joven, sin hijos. Tienen una marroquinería y venden mucho a los turistas. La verdad es que les va bien.

Saná ayuda a su marido en la tienda, aunque más bien es ella quien la lleva. Alí se limita a sentarse y observa a los turistas. Ella vende y cobra. El regateo se lo deja a su marido, que se pasa todo el día fumando cigarrillos turcos, de esos finos y oscuros como gusanos de ciénaga.

Lo cierto es que no es mal hombre, después de todo. La deja organizar sus reuniones con las amigas para tomar el té. Una vez fuimos al cine a ver una película de Omar Sharif, esa en la que aparece con un niño y van a todas partes en un coche. Mi amiga Saná, que puede leer los libros que su marido tiene en casa, dice que el cine árabe, a falta de recursos, no tiene más remedio que hacer películas con mensaje. No supe qué quería decir, ni si lo decía con ironía o no. Lo cierto es que me gusta oírla hablar de lo que ve en el cine, en la tele, sus ideas, que me parecen tan avanzadas que solo las dice en susurros.

Dice de ella misma que es una mujer sin prejuicios, pero aun así, cuando llego a su casa, me llevo una sorpresa de las buenas. Una de sus amigas es judía.

Su amiga judía se llama Ruth. Es alta, delgada y habla con las demás como si las conociera de toda la vida. Está claro que hay cosas de Saná que desconozco, por muy amigas de la infancia que seamos. Supongo que no todo se lo puedes contar a todo el mundo.

Observo a la chica judía por el rabillo del ojo. Están todas muy ocupadas mirando al niño y tomando té. A mí me pasan una taza y procuro no llamar la atención. No sé cómo

comportarme cuando hay un judío en la misma habitación.

La verdad es que es una chica guapa. Es pelirroja, de un color como el fuego tranquilo. Lleva el pelo muy estirado, recogido en una coleta que le llega a media espalda. Está tan delgada que se le notan todos los huesos. Va vestida de negro. Supongo que será la forma de vestir de ellos, de esa clase de judíos, como si vivieran en un perpetuo luto del que no pudieran desprenderse. Lleva un jersey negro, una falda larga, casi hasta los tobillos, también negra, y unas enormes botas que parecen de militar y que deben de pesar lo suyo. No me imagino cómo esos piececitos pueden con tanto peso. Se inclina hacia adelante cuando mira las cosas, más que con curiosidad, como si fuera un cirujano ante un paciente con el pecho abierto.

Me sorprende aún más que de pronto se gire hacia mí y me extienda la mano.

—Hola, yo soy Ruth. A ti no te conozco.

Mis amigas se callan en ese momento y nos miran. Yo observo la mano de la chica judía. Tiene las uñas pintadas de negro. Sus dedos son largos y finos y apuntan directamente hacia mí.

Se hace un silencio incómodo. Es la primera vez que estoy con un judío en la misma habitación desde que cinco años atrás el enemigo entró en mi casa, destrozándolo todo. Y ahora estoy aquí, en casa de mi amiga, y una judía me está tendiendo su mano. Me fijo bien en su pálido rostro. Es un poco mayor que nosotras, unos veinticinco o veintiséis años. Mira como si desafiara al mundo, como si fuese a dar una explicación convincente de todo lo que estuviera haciendo. Su mirada es a un tiempo desconfiada y arrogante. Quizá como la mayoría de los suyos.

Le estrecho la mano con timidez.

—Yo me llamo Fatuma.

El niño empieza a llorar en brazos de la madre y todas se vuelven a mirarlo y a hacerle caricias, pero Ruth sigue sin

despegar sus enormes ojos azules de mí.

Me pregunto qué mirará. No sé cómo tratar con ninguno de ellos. Miro al techo, pegando el oído, a ver si escucho el ruido del motor de algún helicóptero, pero lo que vuelvo a oír es su voz directa y firme:

—Saná me ha hablado de ti. —Bajo la vista y miro a Saná. Esta vez nadie nos está prestando atención—. Me ha dicho que tu padre está a punto de jubilarse y que cierra la frutería.

Me echo hacia delante el velo, un poco, sobre la frente. Algunas de mis amigas se lo han quitado. No hay moros a la vista, dicen entre risitas.

—Sí —contesto, con un hilo de voz.

Solo acierto a decir eso. Me pregunto si sabe lo de mi hermano, lo que le hizo a muchos de los suyos. De pronto me toca y me da un escalofrío. Retiro la mano con miedo, pero ella sonríe. Más que molestarle mi gesto, le da una risa contenida.

Me entretengo con mi té, rezando para que deje de mirarme, que se fije en el niño, que para eso ha venido. Pero esta judía tiene que ser muy terca porque ahora ha vuelto a agarrarme la mano y esta vez no me la suelta.

—Te lo digo porque supongo que buscarás trabajo. La cosa está bastante mal.

Me zafo de nuevo, esta vez con más delicadeza. Agarro la taza de té con las dos manos para calentármelas, porque me he quedado helada.

—Menos mal que Jerusalén es una ciudad turística, menos cuando hay...

Me callo, pero ella sonríe de nuevo. Le digo rápidamente que hubiera querido trabajar con Saná en la marroquinería, pero que su marido no necesita a nadie, y que en todo caso le ayuda un sobrino cuando hay que traer el género o repartir algunos encargos importantes.

Ruth se inclina hacia mí, apuntándose con su afilada

nariz. Me recuerda a uno de esos cuervos que revolotean por un sitio antes de posarse sobre él.

—Pues de eso mismo te quería hablar yo. ¿Qué tal si trabajas para mí, en mi casa, haciendo las tareas? —pregunta, como si tal cosa.

Me quedo paralizada. Sin duda es el día de las sorpresas. Parece una muñeca de cera esperando mi respuesta.

—Mi padre está a punto de jubilarse. Pero ya sabes que entre nosotros se trabaja hasta que el cuerpo aguante.

No sé por qué le he dicho eso. Mi padre ya no tiene cuerpo con el que aguantar nada. La miro, y voy a decirle algo más cuando una de mis amigas le pregunta a Ruth cuánto se ha recogido hasta la fecha.

Ruth deja la taza de té sobre la mesita y hurga en uno de los bolsillos de su falda. Saca una libretita con solapa, de las que se imantan al cerrarse, pasa unas hojas y da algunos datos numéricos.

—Según mis cálculos, y tal y como vamos hasta ahora, creo que de aquí a dos meses tendremos lo suficiente para poder abrir la guardería. Ya tenemos quien la llevará. Yo me ocuparé de pedir los permisos.

—¿Estáis hablando de montar una guardería con niños musulmanes y judíos? ¿Juntos? —pregunto, casi alzando la voz.

Todas se ríen. Debo de parecerles una niña ingenua, cuando casi todas tenemos la misma edad. Ruth vuelve a inclinarse sobre mí.

—Claro que no. La gente no lo entendería. Sería para niños musulmanes, especialmente huérfanos. Desgraciadamente, hay muchos niños musulmanes huérfanos que requieren de un lugar decente donde puedan ser atendidos.

—Sí. Supongo que hay más niños musulmanes huérfanos que niños judíos hay en el mundo —suelto con descaro.

Me miran como si hubiera dicho una impertinencia, y quizás sea cierto. La única que sonríe es esa estúpida judía

que quiere que entre a trabajar en su casa. Hay personas así. Son tan modernas que no miden las consecuencias de sus actos.

La judía vuelve a tocarme antes de hablar.

—Creemos que es una buena idea, que puede hacer mucho bien por esos niños. Yo, oficialmente, no aparezco para nada. Solo soy una amiga de Saná.

Miro a Saná y le pregunto con la mirada si tiene muchos amigos judíos, si es otra de esas excéntricas de las relaciones interreligiosas y todo eso. Es una amiga, pero casi la veo como a una desconocida, alguien que guarda muchos secretos.

—Ruth es una activista —aclara—. Ha ayudado a mucha gente, de todo tipo. Aunque nuestro primer encuentro fue casual, luego nos hicimos amigas gracias a ello.

Durante unos segundos nadie dice nada.

—¿Tú también? —pregunto yo, finalmente.

—Sí, Fatuma, yo también —asiente—. Ayudamos a la gente en lo que podemos. No somos como esos que van por ahí besando las fotografías de los muertos, y perdona que te lo diga. Ayudamos sin que se note, sin que se sepa, porque hay mucha gente que nos odiaría si se supiera lo que hacemos.

Es todo un discurso, sí señor. Un discurso digno del propio Omar Sharif, aunque me parece que aquello tiene más de efectos especiales que de mensaje. Al fin y al cabo, estaban hablando de una cuestión de presupuesto. Y quizá también de confianza.

—Pues ahora me he enterado yo, y si pensáis que no sé guardar un secreto, más vale que os mantengáis calladas.

Cojo un dulce y me lo meto en la boca. Esta vez ríen todas. Hasta yo misma no puedo evitar sonreírme un poco, sin saber por qué.

En la cocina, la chica judía me ayuda fregando los platos. Me siento incómoda con una judía al lado. Hasta huelen distinto. Está claro que sabe lo que pienso, pero parece no importarle lo más mínimo. Definitivamente, esta chica no es normal.

—Lo que te dije antes, del trabajo, iba en serio —insiste la judía.

Yo sigo fregando con esmero. Estoy enfrascada en los dibujos de flores de las tazas, como si quisiera quitarlos a base de detergente. De pronto me paro y la miro directamente a los ojos.

—Perdona, pero no te das cuenta de lo que me estás pidiendo. Los tuyos y los míos se matan continuamente. No podemos ser amigos, ni siquiera debería hablar contigo. Hasta es posible que mi hermano...

He estado a punto de decirle que quizá mi hermano mató a un familiar suyo. Quizá ella lo sabe y esta retorcida loca quiere vengarse de mí, como si yo tuviera la culpa. Me llevo las manos llenas de jabón a la boca. Estoy a punto de echarme a llorar.

La judía me toca la espalda, en una caricia que no aguento, y me revuelvo.

—Por favor, no me toques, no soporto que me toquen.

—Está bien, lo siento —se disculpa.

La judía sigue enjuagando. Yo termino de fregar y me seco las manos. En ese momento entra Rihan. Es bajita y tiene el rostro redondo como una luna llena de polvo de azúcar. Rihan es la hermana de Saná. Tan solo tiene un año más que ella, pero aún no se ha casado.

—¿Puedo ayudar? —pregunta, quizá para despejar la tensión que intuye en el ambiente.

—Sí. Ponte a secar —le digo. Yo aprovecho para salir de la cocina y vuelvo junto a Saná. Le pregunto si me deja cargar un instante al niño. Saná asiente, me siento junto a ella y agarro al niño con demasiada fuerza.

—Ten cuidado, Fatuma, que no es un cachorro.

—No me digas cómo tengo que cargar a un niño. He criado a mis tres hermanas —protesto.

Estoy demasiado tensa. Saná no dice nada. Todas nuestras amigas se han ido. Menos su hermana Rihan, que está en la cocina charlando animadamente con el enemigo.

Me lleno de valor y me encaro con ella:

—Saná, ¿no te das cuenta de lo que estás haciendo? ¿Desde cuándo hacemos amistad con los judíos? ¿Y si alguien se entera? ¿Cómo puedes invitar a tu casa a una chica judía, y vestida así, con ese pelo que parece que lleva un volcán a punto de estallar sobre la cabeza?

—¿Has terminado? —pregunta, tranquila.

Saná no parece enfadada por lo que le he dicho. Al mirarla al mirarla con más atención, la veo más cansada de lo habitual. Le paso al niño y lo mece. Espero que hable. De la cocina llegan unas risas. La chica judía se ríe con una especie de ronquera.

—Mira, hasta parece hombruna —digo.

Saná sonríe esta vez.

—Por favor, Fatuma. Ruth es una buena persona. Hace mucho que la conozco.

—¿Y por qué nunca me has dicho que tienes tratos con ellos? —La pregunta suena como un reproche.

—¿Tú qué crees? —pregunta sin mirarme.

—Entiendo. Lo dices por mi hermano. Yo nunca estuve de acuerdo con lo que hizo —enfatizo.

—Lo sé —se apresura a decir Saná—, yo no he dicho eso. Lo que quiero decir es que en tu familia eso no se vería con buenos ojos.

—¿Y en la tuya sí? ¿Tu marido sabe que tienes amigos judíos?

—Vamos, Fatuma, no seas injusta conmigo. No estoy traicionando a nadie por tener una amiga como Ruth. Creo que ese es precisamente el problema; que seguiremos

matándonos entre nosotros hasta que no seamos capaces de ver en el otro a una persona con la que poder hacer amistad.

—Eso no me lo digas a mí. Díselo también a ellos —digo, señalando con un dedo hacia la cocina.

—Mira, Fatuma, no eres precisamente tú la más indicada para dar lecciones.

Saná me mira, arrepentida por lo que ha dicho. Yo no quiero seguir discutiendo. Simplemente me levanto y me dirijo a la puerta.

—Mil días claros para ti, Saná. Me alegro de que tu hijo esté bien de salud. Despídeme de Rihan y de tu amiga judía.

Me voy a casa, mirando al suelo, completamente enfurruñada. ¿Acaso se pueden acariciar a las serpientes y no esperar que tarde o temprano te recompensen con su veneno? ¿Pueden los gatos y las ratas vivir juntos? No puedo creer en las excepciones.

No nos parecemos en nada, excepto en que ellos tienen apariencia de seres humanos. Sí, algún observador externo verá todas las similitudes que quiera, como esos europeos que vienen aquí y nos dicen, con su insoportable aire de superioridad, que nos llevemos bien.

No nos parecemos en nada. Vivimos en barrios separados, en vidas a años luz los unos de los otros, aunque nos crucemos con ellos por la calle. Hasta el suelo de nuestras calles tiene un color distinto. Puede verse la línea que separa un mundo de otro.

Ellos tienen sus tiendas, bien ordenadas hacia dentro. Nosotros lo sacamos todo a la calle y gritamos nuestra mercancía. Ellos rezan en sus sitios y nosotros en los nuestros. ¿Acaso no es suficiente con que no nos matemos? Pero cuando parece que hay un poco de tranquilidad, se comete algún crimen y vuelta a empezar.

Y luego están los cristianos, con sus insoportables campanas.

Vivimos en el mismo sitio, pero nunca podremos vivir juntos.